

Geografía cultural

Un recorrido teórico a través del diálogo de autores contemporáneos

Stella Maris Shmite y María Cristina Nin

Departamento de Geografía
Facultad de Ciencias Humanas, UNLPam

@ [geogra@fchst.unlpam.edu.ar; dgeogra@fchst.unlpam.edu.ar].

Resumen

El propósito del presente artículo se sustenta en la búsqueda de respuestas sobre qué conceptos estudia la geografía hoy y cómo su objeto de estudio se articula con las dimensiones culturales del nuevo orden mundial. Para definir las particularidades de la sociedad contemporánea, resulta inevitable reelaborar los conceptos y discutirlos para luego aplicarlos en la docencia y en la investigación.

El objeto de estudio de la geografía, el espacio geográfico, es reinterpretado y reconceptualizado en el contexto de la nueva geografía cultural. Se revisan conceptos como paisaje, territorio, territorialidad, lugar, desterritorialización, comunidad.

Las Ciencias Sociales, y la Geografía como tal, se nutren de nuevas perspectivas de análisis y utilizan renovados conceptos, los que funcionan como categorías analíticas de pensamiento para comprender y explicar las configuraciones espaciales del mundo actual.

Palabras claves: geografía cultural, paisaje, territorio, lugar, identidad.

Cultural Geography

A theoretical journey along the dialogue of contemporary authors

Abstract

The purpose of this article is an attempt to answer what concepts are studied by contemporary geography and how the object of study gets articulated with the cultural dimensions of the new world order. In order to define the specificities of contemporary society it is mandatory to discuss and re-elaborate the concepts in order to later apply them to teaching and research.

The object of study of Geography, the geographical space, is re-interpreted and re-conceptualized within the context of the new cultural geography. Concepts such as landscape, territory, territoriality, place, de-territorialization, and community are revisited.

Social Sciences and Geography as such, are fuelled by new perspectives for analysis and use renewed concepts, which work as thinking analytical categories in order to understand and explain the spatial configurations of today's world.

Key words: cultural geography, landscape, territory, place, identity.

Geografia cultural
Um percurso teórico a través do diálogo
de autores contemporâneos

Resumo

O propósito do presente artigo é a busca de respostas sobre quais conceitos estuda a geografia hoje e como seu objeto de estudo se articula com as dimensões culturais da nova ordem mundial. Para definir as particularidades da sociedade contemporânea, resulta inevitável reelaborar os conceitos e discuti-los para logo aplicá-los no ensino e na pesquisa.

O objeto de estudo da geografia, o espaço geográfico, é reinterpretado e reconceitualizado no contexto da nova geografia cultural. Conceitos como paisagem, território, territorialidade, lugar, desterritorialização, comunidade, são revisados.

As Ciências Sociais, e a Geografia como tal, se nutrem de novas perspectivas de análise e utilizam renovados conceitos, que funcionam como categorias analíticas de pensamento para compreender e explicar as configurações espaciais do mundo atual.

Palavras-chave: geografia cultural, paisagem, território, lugar, identidade.

1. Introducción

En el siglo XXI, la geografía adquiere una nueva dimensión. Esta se caracteriza por avances teóricos que intentan explicar la problemática social, siempre manteniendo su especificidad disciplinaria. De este modo, la geografía actual utiliza todo el bagaje teórico-metodológico para resignificar los conceptos tradicionales a través de nuevas perspectivas.

El objeto de estudio, es decir, el espacio geográfico, es un espacio social que será interpretado teniendo en cuenta los procesos sociales actuales e históricos, que interactúan y construyen/reconstruyen ese espacio geográfico. El geógrafo Milton Santos escribió que la definición de espacio es una de las tareas más difíciles, dependiendo de esa definición el buen resultado de los análisis de situación y de los enfoques prospectivos. Propone M. Santos, una definición que es operacional y al mismo tiempo fundada en lo real:

“El espacio está formado por dos componentes que interactúan continuamente: a) la configuración territorial, es decir, el conjunto de datos naturales, más o menos modificados por la acción consciente del hombre, a través de sucesivos ‘sistemas de ingenierías’; b) la dinámica social o el conjunto de relaciones que definen una sociedad en un momento determinado.

La configuración territorial o configuración espacial está conformada, tal como ya describimos, por la disposición de los elementos naturales y artificiales de uso social sobre el territorio: plantaciones, canales, caminos, puertos y aeropuertos, redes de comunicación, edificios residenciales, comerciales e industriales, etc. En cada momento histórico, varía la disposición de esos objetos sobre el territorio [...].

La dinámica social es planteada por el conjunto de variables económicas, culturales, políticas, etc. que a cada momento histórico dan un significado y unos valores específicos al medio técnico creado por el hombre, es decir, a la configuración territorial” (Santos, 1996: 105-106).

La posmodernidad está acompañada de una transformación profunda del espacio geográfico. Hoy se utilizan expresiones como “espacio virtual” para definir una red mundial de comunicaciones instantáneas, donde a los individuos les resulta difícil “localizarse”, en el sentido de arraigarse a un lugar, porque están cada vez menos relacionados con su entorno inmediato, pero cada vez más inmersos en una red virtual global. La revolución técnica de los transportes y las comunicaciones ha transformado profundamente la organización del espacio geográfico y, principalmente, la percepción que los individuos tienen del espacio. De esta transformación da cuenta en forma muy detallada, M. Castells en *La era de la información. Economía, sociedad y cultura* (1999)¹.

Para comprender estas transformaciones del espacio, resulta inevitable avanzar en la construcción de nuevas perspectivas y nuevos conceptos que, a los geógrafos, nos permitan abordar las nuevas realidades. En un trabajo reciente, J. Ortega Valcárcel sostiene que:

1 En esta obra, compuesta de tres tomos, el autor nos habla de la sociedad de la información y explica que la información en el sentido más amplio, es decir como comunicación del conocimiento, ha sido fundamental en todas las sociedades. En contraste, el término informacional indica el atributo de una forma específica de organización social en la que la generación, el procesamiento y la transmisión de la información se convierten en las fuentes fundamentales de la productividad y el poder, debido a las nuevas condiciones tecnológicas de la sociedad actual. Esto último, es lo que desarrolla exhaustivamente el autor, por eso quizá el libro debió llamarse “La era informacional”. Pero Castells, no obstante, lo denominó “La era de la información” porque los títulos no son más que mecanismos de comunicación, dice este sociólogo catalán.

“El espacio como producto social es un objeto complejo y polifacético: es lo que materialmente la sociedad crea y recrea, con una entidad física definida; es una representación social y es un proyecto, en el que operan individuos, grupos sociales, instituciones, relaciones sociales, con sus propias representaciones y proyectos. El espacio se nos ofrece, además, a través de un discurso socialmente construido, que mediatiza al tiempo que vincula nuestra representación y nuestras prácticas sociales. Es un producto social porque sólo existe a través de la existencia y reproducción de la sociedad. Este espacio tiene una doble dimensión: es a la vez material y representación mental, objeto físico y objeto mental. Es lo que se denomina espacio geográfico” (Ortega Valcárcel, 2004: 33-34).

La definición anterior tiene una gran riqueza de contenidos y, por esa razón, permite introducimos en las nuevas miradas geográficas devenidas de lo que se denomina el “giro cultural” de la geografía. En términos generales la geografía ha transitado por distintas perspectivas teórico-metodológicas, las cuales no son contradictorias sino complementarias. Paul Claval sostiene la existencia de tres perspectivas que han sostenido las investigaciones geográficas. En la perspectiva naturalista, el espacio estudiado no era abstracto ni geométrico sino que estaba formado por los ecosistemas existentes en la superficie de la tierra. La perspectiva funcionalista incluía tres niveles: redes sociales, redes de comunicación y red de establecimientos humanos; de este modo, la estructura del espacio se encontraba dispuesta en capas sin que se pudieran diferenciar los distintos niveles entre sí (P. Claval, 2002). Estas dos perspectivas no permitían el análisis del individuo y sus acciones. Según el mismo autor,

“el enfoque cultural corrige estas orientaciones: al concebir el espacio como una escena donde los seres humanos se ofrecen al espectáculo, representan papeles que los valorizan, los enriquecen o les aseguran ciertos poderes, tiene en cuenta al individuo y las iniciativas de que es autor. Nos hace descubrir el sentido que le dan los seres humanos a los decorados que los rodean y que, en gran medida, han construido. Nos hace entrar en el universo de sus valores y creencias, y aclara las estrategias que retienen en su vida social, política o cultural.

Las tres perspectivas, abiertas por la geografía, acerca del espacio, no son contradictorias, sino complementarias. Hay que adoptarlas, una a una para medir todas las dimensiones de los hechos sociales en sus manifestaciones espaciales” (Claval, 2002:38).

2. Hacia una geografía cultural

La cultura, eje transversal y sustrato de la geografía cultural, tiene muchas definiciones. En este artículo, coincidiendo con U. Hannerz (2002), se conceptualiza a partir de la combinación de tres supuestos. El primero, la cultura se aprende, se adquiere en la vida social. El segundo, la cultura está integrada formando un conjunto “encajado” en el espacio. Por último, la cultura la captamos, o nos llega, “empaquetada” en formas diversas, que difieren según el colectivo humano, y esos colectivos pertenecen a un territorio. Este último supuesto es el más afectado por la creciente interconexión global. Los territorios ya no pueden ser realmente contenedores de una única cultura, en la medida en que las personas se desplazan con sus significados y los significados encuentran formas de desplazarse sin que las personas se muevan. De este modo, las diferentes experiencias y biografías de sus miembros se vuelven relevantes.

Las primeras conjeturas de cambio hacia la nueva geografía cultural se sitúan a mediados del siglo XX. Después de la Segunda Guerra Mundial, comienzan a desarrollarse análisis geográficos que se involucran en los problemas de la sociedad (pobreza, desigualdades, migraciones) y además, toman postura combinando la interpretación de las problemáticas con los saberes geográficos. Surgen así, la geografía radical, respaldada en gran medida, por geógrafos norteamericanos; y la geografía social, representada en sus inicios por geógrafos europeos. Aunque originadas en ámbitos académicos distintos, ambas perspectivas pronto se extendieron en todo el mundo. Tienen en común el análisis crítico y comprometido de la realidad social, tratando de dar respuestas a los interrogantes sobre las problemáticas de la sociedad contemporánea.

Estas formas de abordaje del espacio geográfico partieron de rutas paralelas y evolucionaron de igual modo, aunque con puntos de contacto cada vez más profundos. Según expresa C. Philo (1999), la geografía radical/marxista (con su atención puesta en la estructura social) y la geografía del comportamiento y humanística, es decir, la geografía social (con su atención puesta en la acción humana) se encuentran buceando en lo inmaterial,

“...toda la arquitectura del pensamiento marxista (el trabajo teórico orientado a desvelar las estructuras de las relaciones sociales ocultas vinculadas con el control sobre los medios de producción) consiste en traer a la conciencia del académico (y quizá también a la del oprimido) la realidad de

las estructuras que son en sí mismas inmateriales (en el sentido que no son inmediatamente accesibles a la aprehensión sensorial humana) pero que tienen efectos materiales dramáticos en el bienestar o en otras formas de la vida cotidiana de las personas.

Para los geógrafos del comportamiento y para los geógrafos humanos (de forma más obvia todavía), la consideración de lo inmaterial resultó más evidente, ya que estos estudios estaban dispuestos a llevar adelante investigaciones detalladas sobre el dominio sombrío de la percepción humana, del conocimiento, la interpretación, la emoción, los significados, los valores, creando una veta rica para la investigación, para la cual términos como mapas mentales y sentido de lugar eran de ayuda [...] el aspecto crucial es simplemente que el miedo a lo inmaterial se ha roto. Bajo todo tipo de formas, desde una diversidad de perspectivas y con una diversidad de motivaciones conceptuales, metodológicas, políticas y de otros tipos, lo inmaterial comenzó a ser liberado en los estudios de los geógrafos humanos” (Philo, 1999:87).

Algunos investigadores identificados como “culturales”, retoman y re-interpretan a H. Lefebvre (Don Mitchell, Derek Gregory entre otros) con el objetivo, no de acentuar lo material o lo inmaterial, sino con el propósito de revisar las relaciones entre ambos. El texto de Henry Lefebvre (1974)² es un referente fundamental por cuanto brinda un marco teórico que permite abordar la espacialización de las problemáticas desde la perspectiva cultural. Los espacios de representación, que el autor identifica, están colmados de elementos imaginarios y simbólicos que tienen su origen en la historia del lugar y en la historia de cada individuo que vive en ese lugar.

Para comprender la relación de la conceptualización que introduce Lefebvre con el “giro cultural” de la geografía, resulta interesante incorporar una síntesis de las ideas claves. El autor señala tres momentos en la producción del espacio: 1) prácticas espaciales; 2) representaciones del espacio; y 3) espacios de representación. Estos tres momentos los relaciona con la existencia de tres “campos” diferentes que permiten construir una teoría única a partir de los fragmentos en que se ha dividido el espacio desde siempre. Dichos campos son: el físico (naturaleza), el mental (abstracciones lógicas y formales) y el social (interacciones individuales y comunitarias). Estos tres “campos” deben verse simultáneamente como real e imaginario, concreto

2 Este filósofo rompe con las interpretaciones clásicas de la sociología, presentes hasta mediados del siglo XX, al poner de manifiesto que las intenciones, los planes y los proyectos de los individuos contribuyen al modelado del espacio en el que viven, presenta al espacio social bajo una nueva perspectiva.

y abstracto, material e inmaterial. Luego de este planteo inicial, Lefebvre fusiona el campo físico (objetivo) con el mental (subjetivo) dentro del campo social. Esta perspectiva rompe con la tradición del pensamiento espacial que ha definido desde siempre la relación sociedad-naturaleza como una relación binaria (objeto-sujeto). La propuesta interpretativa de Lefebvre tiene la particularidad de brindar una aproximación interpretativa a la totalidad espacial (Shmite, 2003)³.

Una explicación sobre la relación entre la producción del espacio de Lefebvre y los movimientos sociales fue realizada por Ulrich Oslender (2002). De este artículo se transcriben ideas centrales sobre los tres momentos en la producción del espacio,

“Las prácticas espaciales se refieren a las formas en que nosotros generamos, utilizamos y percibimos el espacio. [...] estas prácticas espaciales están asociadas con las experiencias de la vida cotidiana y las memorias colectivas de formas de vida diferentes, más personales e íntimas”.

“[...] Las representaciones del espacio se refieren a los espacios concebidos y derivados de una lógica particular de saberes técnicos y racionales, un espacio conceptualizado, el espacio de los científicos, urbanistas, tecnócratas e ingenieros sociales. Estos saberes están vinculados con las instituciones del poder dominante y con las representaciones normalizadas generadas por una lógica de visualización hegemónica. Están representados como espacios legibles, como por ejemplo en mapas, estadísticas, etc. Producen visiones y representaciones normalizadas presentes en las estructuras estatales, en la economía y en la sociedad civil. Esta legalidad produce efectivamente una simplificación del espacio, como si se tratara de una superficie transparente. De esta manera se produce una visión particular normalizada que ignora a luchas, ambigüedades, y otras formas de ver, percibir e imaginar el mundo. [...] el uso creciente de las tecnologías de información y de las nuevas formas de modelar dinámicamente la vida social, como por ejemplo en las sistemas de información geográfica (SIG), son otro indicador de la dominación creciente de representaciones del espacio. Su efecto es uno de abstracción y descorporealización del espacio, siempre apoyado por argumentos científicos [...] Así ha surgido un espacio abstracto en que cosas, eventos y situaciones están constituidos por siempre por representaciones. Este espacio abstracto es precisamente el espacio del capitalismo contemporáneo.

3 En este artículo se desarrollan algunas reflexiones teórico-metodológicas para interpretar los procesos de construcción de la espacialidad social. Los argumentos teóricos fueron tomados de H. Lefebvre, E. Soja y A. Giddens.

“[...] Los espacios de la representación son los espacios vividos que representan formas de conocimientos locales y menos formales; son dinámicos, simbólicos y saturados con significados, construidos y modificados en el transcurso del tiempo por los actores sociales. Estas construcciones están arraigadas en experiencia y constituyen un repertorio de articulaciones caracterizadas por su flexibilidad y su capacidad de adaptación sin ser arbitrarias. Los espacios de representación no necesitan obedecer a reglas de consistencia o cohesión. Llenos de elementos imaginarios y simbólicos, tienen su origen en la historia del pueblo y en la historia de cada individuo que pertenece a este pueblo” (Oslender, 2002:4).

La nueva geografía cultural, denominada geografía humana contemporánea por Philo (1999), posee la potencialidad de facilitar la incorporación de todo un abanico de posibilidades teórico-metodológicas para abordar lo material y lo inmaterial. En este sentido, este autor sostiene la necesidad de promover

“...de forma activa, una geografía humana contemporánea que acompañe todo un abanico de posibilidades para tratar con lo material y lo inmaterial, lo social y lo cultural.

[...] que la investigación en geografía humana incluya estudios que (extrayendo su inspiración de todo el movimiento del giro cultural) continúen abrazando lo material y lo social y, por lo tanto, resistiendo toda des-materialización y de-socialización dogmática de la disciplina” (Philo, 1999:97).

Estas transformaciones en el modo de abordaje de las problemáticas del espacio geográfico que se inscriben en el giro cultural de la geografía, dan cuenta de cambios en el conjunto de las ciencias sociales y fundamentalmente, en el modo de interpretar “lo cultural” por parte de los científicos sociales. En el caso de la geografía, la orientación hacia el campo de la cultura ha desatado amplios debates durante las dos últimas décadas del siglo XX. O. Kramsch (1999) sostiene que la geografía cultural, vino a reorientar los principios de la escuela marxista norteamericana para adecuarlos a la nueva realidad política e ideológica,

“[...] geógrafos como Peter Jackson, Denis Cosgrove y David Ley promoverían una visión activa de la cultura, vinculada con prácticas concretas imbricadas en una red de significaciones y de relaciones de poder con repercusiones directas en las esferas de la política ciudadana [...]. En lugar de ser vista como objeto estático o monolítico, la cultura, considerada como evento, llevaría una definición interactiva y dinámica, poniendo énfasis analítico en las relaciones complejas de dominación, oposición y reapro-

piación que caracterizan a las subculturas minoritarias en sociedades urbanas contemporáneas. [...] el concepto de cultura no sería visto como una categoría residual vis a vis con los análisis económicos más rigurosos, sino como el medio a través del cual se constituyen y se debaten cambios socioeconómicos más amplios” (Kramsch, 1999:55).

En los años noventa del siglo pasado, se profundizan y consolidan estudios que incorporan esta perspectiva cultural que incluye el análisis simbólico del paisaje, entendido como una compleja construcción simbólico-cultural. Peter Jackson (1999) sostiene que como resultado de los debates dentro de las ciencias sociales, se identifican una serie de nuevas direcciones dentro de la geografía cultural, basados en enfoques ya existentes para la interpretación del paisaje,

“[...] las nuevas direcciones de la geografía cultural recurrieron a diversas tradiciones intelectuales, que iban desde la antropología y la teoría literaria hasta el feminismo y los estudios culturales contemporáneos, ensanchando así los límites de la geografía cultural” (Jackson, 1999:43).

“[...] Como sostuvieron Cosgrove y Jackson: “si definiéramos esta nueva geografía cultural, sería contemporánea además de histórica (aunque siempre informada teórica y contextualmente); social además de espacial (aunque no limitada exclusivamente a temas de paisaje poco definidos); urbana además de rural, e interesada en la naturaleza contingente de la cultura, en las ideologías dominantes y en las formas de resistencia a ellas” (Cosgrove y Jackson citado en Jackson, 1999:43).

Existe una importante cantidad y diversidad de trabajos dentro de esta perspectiva renovada de la geografía. De acuerdo con O. Kramsch (1999), entre las nuevas herramientas interpretativas se desarrolla la teoría de la estructuración de A. Giddens, la revisión de la historiografía científica, el estudio de las localidades, la geografía del consumo, la geografía del género, las interpretaciones de la modernidad.

Ante esta diversidad de enfoques y metodologías de análisis, cabe preguntarse al igual que A. Luna García (1999), si se trata de una “[...] ¿nueva geografía cultural o nuevas geografías culturales?”:

“Los diferentes desarrollos epistemológicos y ontológicos en geografía en los últimos treinta años han dado lugar a un sinfín de nuevas geografías. El caso de la geografía cultural no es un caso aislado y lo podemos comparar a lo que ha pasado con la nueva geografía regional o la nueva geografía política. De hecho, los geógrafos han sabido recuperar las diferentes tradiciones geográficas anteriores a la geografía teórica y cuantitativa de los años

cincuenta y sesenta para darles un nuevo cuerpo teórico enmarcado en el desarrollo general. La importancia del análisis de las variaciones sociales de cualquier acontecimiento social, así como los elementos de producción y consumo cultural, son temas fundamentales no sólo en geografía sino también en el resto de las ciencias sociales. [...] De hecho podemos ver más de una nueva geografía cultural o, mejor podríamos decir, que el componente cultural ha pasado a ser un parámetro más dentro del análisis geográfico” (Luna García, 1999:77).

Sostiene P. Claval (1999) que la geografía cultural es tan antigua como la geografía humana. Ambas se desarrollaron desde la última década del siglo XIX pero hoy asistimos a un renacimiento de la perspectiva cultural, el cual se vincula, no sólo a las transformaciones del mundo actual, sino también a la apertura hacia las interpretaciones de la subjetividad. Este renacimiento, común al conjunto de las ciencias sociales, se produce a partir de la profunda reflexión en torno a la cuestión cultural que se desarrolla en las últimas décadas del siglo XX. A la luz de esta renovación, P. Claval (1999) especifica algunos puntos fundamentales a tener en cuenta en la interpretación actual de la cultura:

- Los hechos culturales son estudiados desde la óptica de la comunicación. La cultura está formada por informaciones que circulan entre los individuos y que les permite actuar. Esas informaciones se refieren a la sociedad, la naturaleza de los individuos y a las reglas que deben ser respetadas en las relaciones que establecen los individuos. La revolución de las comunicaciones ha trastornado la transmisión de los aspectos culturales tendiendo a uniformarse a nivel global pero, en sentido inverso, hay otros factores que actúan acentuando las características de las culturas a escala local.
- En este sentido, P. Claval afirma que la cultura es, ante todo, una realidad a escala local. Para comprender los procesos culturales verdaderamente significativos, los geógrafos se basan en la experiencia de la gente, en sus contactos, en sus formas de hablar. Es un hecho que las investigaciones se centralizan más sobre pequeñas comunidades que sobre realidades globales.
- Las categorías que los individuos aplican para analizar lo real son también creaciones culturales. El universo en el que los individuos viven está estructurado por representaciones que son el resultado de su actividad individual y grupal. El orden social es culturalmente institucionalizado:

todo agrupamiento social está constituido por un sistema de creencias y de ideologías que le dan sentido a los individuos y a la comunidad y, además, legitiman lo que está instituido.

- La cultura, como proceso inacabado llevado a cabo por individuos, es forjadora de identidades. La cultura da sentido a la existencia individual y grupal. Por lo tanto, la cultura incorpora valores y resulta indispensable para comprender las relaciones que dominan la vida de los grupos. Los individuos no dejan de instaurar nuevos valores, de construir nuevas clasificaciones y de trazar nuevas fronteras. De este modo, los valores tradicionales, con fuerte carga unificadora (la fe en el progreso, el liberalismo, la tolerancia), dejan de ser atractivos. Por otra parte, al tiempo que se universalizan las técnicas culturales, las ideas se aferran al espacio y la territorialidad es uno de los elementos más importantes de las nuevas orientaciones del mundo social y político.
- Los individuos no permanecen pasivos frente a la cultura y además, ésta es el vehículo que les ofrece posibilidades de apertura y crecimiento personal. En este sentido, por ejemplo, el dominio artístico se recrea y reproduce constantemente.
- El paisaje, al que se refiere P. Claval, es a la vez matriz e impronta de la cultura: matriz, porque las formas que lo estructuran contribuyen a transmitir usos y significados de una generación a otra; impronta, porque cada grupo social contribuye a modificar el espacio que utiliza al tiempo que graba las marcas de su actividad y los símbolos de su identidad.
- Por último, P. Claval sostiene que:

“No se podría hacer de la geografía una ciencia social sin abordar el problema de la subjetividad ni de los valores. [...] Esto supone una mutación profunda de toda la geografía humana” (Claval, 1999:38).

Para comprender el saber geográfico de los grupos sociales, la subjetividad y los valores, es apropiado el uso de la etnogeografía, tal como la denomina P. Claval. La misma permite realizar un abordaje de la diversidad de sistemas de representación y de técnicas que las personas usan para resolver sus necesidades y modelar el espacio a su imagen y en función de sus valores y de sus aspiraciones. Las investigaciones etnográficas constituyen la interpretación sobre lo que el investigador vio y escuchó. Es por ello que en este tipo de enfoque el rol del sujeto investigador adquiere relevancia, status inexistente en períodos anteriores de la geografía. El investigador se

convierte en un mediador entre la teoría y la investigación con el objeto favorecer el conocimiento del mundo. Tomando la reflexión de Jacobson, Rosana Guber (2001) afirma que aplicar un enfoque etnográfico es construir una representación de lo que piensan y sienten los nativos, teniendo en cuenta que esa descripción no es ni el mundo de los nativos, ni como ellos piensan su mundo, sino que se trata de una construcción interpretativa que elabora el propio investigador.

La nueva geografía cultural adquiere una dimensión antropológica, se identifica con las prácticas territoriales de los sujetos, con la cultura del lugar y está abierta a lo psicológico, al mundo de la percepción individual y colectiva. El individuo es el componente básico en el proceso de construcción del espacio. Para el análisis geográfico es imprescindible analizar el rol del individuo como agente, como protagonista, como sujeto capaz de tomar decisiones y elegir, pero siempre en un contexto socializado.

El investigador social se propone dar a conocer una cultura a quienes no forman parte de ella, a través de su participación y exposición a ella. De este modo, mediante técnicas de observación directa o entrevistas, el investigador intenta reconstruir e interpretar la percepción del cada sujeto, según el contexto de la realidad social de la que es parte el entrevistado o el grupo objeto de análisis. Desde esta perspectiva Saltalamacchia (1992) y O. Valcárcel (2000) expresan que,

“Como cada persona es sujeto y actor en la compleja cadena de las relaciones sociales [...] Desde un punto de vista analítico, cada historia de vida puede ser considerada un verdadero testimonio de la sociedad en que se desarrolló” (Saltalamacchia, 1992:157).

“El espacio geográfico es un producto social, pero es la obra de múltiples agentes individuales y colectivos. Es cada individuo el que toma decisiones que implican fenómenos espaciales [...] Las reflexiones de Giddens, al resaltar el protagonismo de los individuos como agentes de los procesos sociales, pero ubicando su acción en un marco estructural, han abierto una dirección en el entendimiento dialéctico de la relación entre las decisiones individuales y los procesos sociales, entre el sujeto y la estructura social, que ha tenido una notable recepción entre los geógrafos” (Valcárcel, 2000:517).

La importancia que adquieren las interpretaciones subjetivas y valorativas en los análisis geográficos, implican, no solo una innovación de las perspectivas de análisis (geografía cultural/humanística) sino que, paralelamente, se desarrolla un proceso de reelaboración de viejos conceptos e incorporación

de nuevos. Los conceptos nuevos o renovados, funcionan como categorías analíticas de pensamiento para comprender y explicar las configuraciones espaciales del mundo actual.

3. “Viejos” conceptos, nuevas realidades, nuevas categorías conceptuales de análisis

Paisaje, lugar, territorio, comunidad, identidad, así como los procesos derivados de sus dinámicas, constituyen conceptos claves de las nuevas tendencias en los estudios geografía cultural. Estos conceptos remiten a formas creadas por la sociedad, por lo que no definen meros “contenedores de cosas”, sino que participan en forma activa de procesos de interacción y son el resultado de la materialización del saber y del poder. Resulta necesario discutir y comprender estos conceptos para aplicarlos al análisis del espacio geográfico. Según R. Ortiz,

“las ciencias sociales viven de los conceptos. Tallarlos es un arte. No necesariamente en el sentido artístico de la palabra, sino en cuanto artesanía, un hacer, como decía Wright Mills. No pueden producirse en serie, según la vieja ortodoxia fordista; es necesario tomarlos, uno a uno, en su idiosincrasia, en su integridad” (Ortiz, 2004:12).

Para interpretar estos procesos se utilizan denominaciones abstractas provistas de significados específicos. Para explicar la complejidad de la abstracción conceptual, R. Ortiz sostiene que,

“todo pensamiento opera con conceptos, incluso el lenguaje más simple del día a día. Lo que diferencia a las ciencias sociales es que ellas deben liberarse de las nociones del sentido común, deben depurarlas para transformarlas en abstracciones más complejas, capaces de funcionar como categorías analíticas del pensamiento. La ruptura con el sentido común es fundamental para el razonamiento científico. Es un paso difícil, pues el lenguaje, al operar con conceptos abstractos, tiende a confundirlos, a pesar de sus orígenes e intenciones diferentes. Con anterioridad al acto de pensar, es necesaria una operación abstracta preliminar: la definición y el esclarecimiento de las categorías por medio de las cuales se piensa. Es preciso diferenciarlas, separarlas del sentido usual en el que se las emplea comúnmente” (Ortiz, 2004:14-15).

El objeto de estudio de la geografía, el espacio geográfico, es una categoría conceptual donde confluyen las distintas tendencias del pensamiento

geográfico. Desde la perspectiva de la geografía cultural, el espacio geográfico debe leerse como el espacio construido y como tal, con toda la carga de percepciones, valores y sentimientos que la gente le imprime. La evolución histórica y epistemológica del objeto de conocimiento de la geografía se da en un contexto espacio-temporal que se corresponde con la evolución de la sociedad y con la conceptualización actual de la sociedad, tal como se aborda desde las ciencias sociales en general y desde la geografía en particular. Al respecto, refiriéndose al abordaje de la geografía actual, O. Valcárcel sostiene que,

“Se trata de una geografía que se plantee ‘cómo los procesos de socialización en espacios determinados generan grupos sociales, y cómo las gentes transforman los lugares y se transforman a sí mismos, a través de estos procesos’ (Johnston, 1987). Los procesos que permitan entender la forma en que el espacio geográfico terrestre a escala mundial y a escala local o regional, se produce y se reproduce, por medio de intercambios y flujos de capital, de bienes, de personas. Se trata de entender y explicar por qué y cómo se producen, unos y otros, los que tienen escala planetaria y los que tienen una dimensión local” (Valcárcel, 2000:516).

Para comprender y explicar en clave cultural los procesos de construcción y deconstrucción que se desarrollan en el espacio geográfico a distintas escalas, se requiere la puesta en juego de nuevos conceptos, así como la resignificación de conceptos clásicos de la geografía. Actualmente, es usual encontrar en los textos términos como lugar, paisaje, territorialidad, desterritorialización... entre otros, los que pertenecen a categorías conceptuales específicas. Los geógrafos anglosajones, Jackson y Cosgrove sostienen que la nueva geografía cultural debe ser capaz de

“[...] dirigir la atención hacia aspectos de la vida social que no habían sido tratados hasta entonces por la geografía (género, sexualidad, identidad) y de reconceptualizar las ideas de paisaje y de lugar, en el sentido de ser consideradas más que simples artefactos materiales o contenedores sobre los que se desarrolla la acción social” (Nogué y Albet, 2004:163).

4. Paisaje, desde la perspectiva cultural

El paisaje es el concepto más común con el cual se ha designado el objeto de estudio de la geografía, concepto que ha tenido diversos significados en el proceso de evolución de la disciplina. El paisaje es en primer lugar, una

creación cultural. Las personas inscriben sobre él las representaciones y significaciones que les pertenecen, de modo que el paisaje puede ser leído como texto. En una época en que la cultura se aborda en términos de comunicación e información, el paisaje retiene la atención porque sirve de soporte a las representaciones del mundo material. En este sentido Cosgrove sostiene que

“Geográficamente la idea del paisaje es la expresión más significativa del intento histórico de reunir imagen visual y mundo material y es en gran medida el resultado de ese proceso” (Cosgrove, 2002:71).

Las referencias al paisaje nos remiten al conjunto de elementos (naturales y sociales) que caracterizan un espacio determinado y que son objeto de interpretación. De ahí que los paisajes son la imagen externa de los procesos que tienen lugar en el territorio. Como escribió Milton Santos: el paisaje es todo aquello que vemos. Entonces, tal como lo especifica O. Valcárcel, el paisaje es la imagen que presenta el espacio geográfico en un área determinada,

“el paisaje responde a una percepción. Se identifica con la apariencia, con el aspecto. Es la imagen que presenta el espacio en un área determinada que, como tal, permite distinguirla, individualizarla. El paisaje otorga personalidad al espacio, le hace distinto. Se concibe como una totalidad que resulta de una combinatoria de múltiples elementos, físicos y humanos, y de una trayectoria histórica determinada” (Valcárcel, 2000:351).

El concepto de paisaje permite reelaborar los componentes visuales del espacio geográfico, el cual reúne particularidades que le dan singularidad geográfica. Este acento cultural e histórico conlleva, por un lado, una relación dialéctica medio-sociedad y por otro, una relación dialéctica espacio-temporal, dialéctica que O. Valcárcel explica de este modo,

“El paisaje, comprendido como producto cultural, aparece como un elemento histórico fruto de una secuencia temporal, en la que cada grupo o comunidad se vincula al medio a través de formas específicas de adaptación” (Valcárcel, 2000:288).

Interpretado de este modo, el concepto de paisaje deja su anterior referencia a las formas físicas y culturales del espacio y retorna transformado. El concepto de paisaje tal como se lo utiliza hoy en geografía, define, al mismo tiempo, los intereses, las contradicciones, las racionalidades y en definitiva, las manifestaciones visuales del poder en el espacio geográfico. Al respecto, es interesante destacar lo que Cosgrove afirma:

“El tratamiento del paisaje como un proceso en el que las relaciones sociales y el mundo natural se constituyen mutuamente en la formación de escenas visibles, espacios vividos y territorios regulados, democratiza y politiza, lo que de otro modo, sería una exploración natural y descriptiva de morfologías físicas y culturales. Así pues se introducen en el estudio del paisaje cuestiones de formación de identidad, expresión, actuación e incluso conflicto” (Cosgrove, 2002:78).

5. Territorio, territorialidad, desterritorialización

El territorio, en el sentido habitual en geografía, es el espacio geográfico sobre el cual se ejerce el control político. Este concepto hace referencia a una organización social (el Estado) que ejerce su influencia sobre una superficie delimitada. Entendido de este modo, es el espacio geográfico donde el Estado expresa su poder y constituye el elemento esencial en la organización social, política y económica de la población. Sin embargo, la definición de territorio también se aplica al conjunto de relaciones existentes en un espacio geográfico concreto, pero no necesariamente definido por la jurisdicción estatal.

El concepto de territorio refiere a diversos aspectos (naturales y sociales), a la compleja relación entre ellos y a la dinámica transversal del poder presente en las acciones de la sociedad. De este modo, Daniel Coq Huelva explica como el concepto de territorio se aplica a la complejidad de los hechos sociales localizados territorialmente,

“El territorio puede entenderse como un entramado de intereses de todo tipo en una comunidad territorial que se ha ido formando en función de las relaciones y vínculos de intereses de sus grupos sociales, de la construcción de una identidad y de una cultura propias. El territorio ya no es en lo fundamental, un soporte de las actividades económicas o de los factores de localización... ni tampoco una fuente de costos para los agentes productivos, ni mucho menos una simple distancia entre dos puntos. Por el contrario, el territorio se presenta como una configuración de agentes y elementos económicos, socioculturales, políticos, institucionales que posee modos de organización y de regulación específicos” (Mella Márquez citado en Coq Huelva, 2003:130).

El territorio es la espacialización del poder y de las relaciones de cooperación o de conflicto que de ellas se derivan. De acuerdo con los geógrafos

colombianos Montañez Gómez y Delgado Mahecha (1998), el análisis del territorio, que resulta esencial para comprender la estructuración actual del espacio geográfico, debe partir de las siguientes consideraciones:

- Toda relación social ocurre en el territorio y se expresa como territorialidad. El territorio es el escenario de las relaciones sociales.
- El territorio es un espacio de poder, de gestión y de dominio del Estado, de individuo, de grupos, de organizaciones y de empresas locales, nacionales y multinacionales.
- El territorio es una construcción social. Conocerlo implica el conocimiento del proceso de su producción.
- La actividad espacial de los actores es diferencial y por lo tanto, su capacidad real y potencial de crear, recrear y apropiarse territorio es desigual.
- En un mismo espacio geográfico se superponen distintas territorialidades locales, regionales, nacionales y mundiales, con intereses distintos, con percepciones, valoraciones y actitudes territoriales diferentes, que generan relaciones de complementación, de cooperación y de conflicto.
- El territorio no es fijo, sino móvil, mutable y desequilibrado. La realidad social es cambiante y requiere permanentemente nuevas formas de organización territorial.
- El sentido de pertenencia e identidad, el ejercicio de la soberanía y la acción ciudadana, sólo adquieren existencia real a partir de su expresión de territorialidad. En un mismo espacio se superponen múltiples territorialidades y múltiples lealtades.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, podemos sintetizar que el territorio se construye a partir de las actividades de agentes diversos que operan en distintas escalas geográficas. Así, el territorio se convierte en una forma de captar las diversidades. Como la capacidad y el alcance de las actividades son desiguales y convergentes en determinados espacios, la apropiación del territorio y por consiguiente la creación de territorialidad, generan una geografía del poder, tal como la denomina Saskia Sassen (2001)⁴, caracterizada por la desigualdad, la fragmentación, la tensión y el conflicto.

4 En este texto la autora analiza la profunda transformación que se está desarrollando a escala global, relacionada con los avances sin precedentes de las telecomunicaciones y las redes informáticas, y el impacto que tiene sobre la desnacionalización, la territorialidad y la soberanía. Sostiene que el mercado global de capitales, las instituciones y sus códigos jurídicos, tienen

Si el territorio es un modo de abordaje de las realidades espaciales específicas, en el análisis geográfico del territorio se buscará interpretar los mecanismos que explican el funcionamiento de esas realidades específicas. Es en el análisis de la especificidad que se puede llegar a comprender la territorialidad. R. Sack (1986) define la territorialidad como el intento por parte de un individuo o grupo de afectar, influenciar o controlar, personas, fenómenos y relaciones, a través de la delimitación y el establecimiento de un control sobre un área geográfica. Esta área será llamada el territorio.

Debe destacarse, de acuerdo con R. Sack (1986), que un lugar puede ser usado como territorio en un momento determinado y no en otro. De modo que la territorialidad es dinámica y debe ser entendida como una estrategia para establecer diferentes grados de acceso a las personas, cosas y relaciones. En realidad, las personas y sus actividades no pueden encontrar lugar en el espacio sin formas de control sobre las áreas, es decir, no pueden espacializarse sin territorialidad. Así se puede ejemplificar diciendo que determinadas empresas multinacionales están “territorializadas”. La territorialidad es siempre socialmente construida, es un acto de voluntad e involucra múltiples niveles de razones y significados. En este sentido, R. Sack afirma que la territorialidad forma el telón de fondo de las relaciones humanas espaciales. La territorialidad apunta al hecho de que las relaciones espaciales humanas no son neutrales. Por el contrario, la interacción humana, los movimientos y los contactos son también cuestiones de transmisión de energía o información con el fin de afectar, influir y controlar las ideas y las acciones de los otros o el acceso a los recursos. Las relaciones humanas son el resultado de la influencia y el poder. Sostiene el mismo autor que la territorialidad es la primera forma espacial que adopta el poder.

Las transformaciones técnicas del mundo contemporáneo y la cultura globalizada no afectan uniformemente a todo el espacio. De hecho, dice R. Ortiz, la modernidad-mundo no es generalizable para todo el globo. Las transformaciones destituyeron ciertas ideas, cambiaron la manera de expresar lo diferente, lo utópico, lo desconocido. Como interpretar y conceptualizar la nueva realidad del espacio global “desterritorializado” es una preocupación subyacente en el texto de R. Ortiz y lo expresa del siguiente modo:

hoy tal grado de poder y legitimidad a escala global, que alteran la territorialidad y la gobernabilidad a escala global.

“Los sociólogos del trabajo nos muestran que el campo y la fábrica tienen sus paisajes desfigurados. En diversos países el campesino fue sustituido por el empresario rural, que ya no camina más al ritmo de la aldea o la villa, sino que se conecta, informáticamente, con el mercado nacional e internacional, con los descubrimientos tecnocientíficos, con el mundo que tendíamos a percibir como una expresión del ‘afuera’. También en la industria, el establecimiento perdió su centralidad. La deslocalización de la producción es hoy una realidad. Las líneas de montaje que fijaban a los obreros en lugares específicos, son, poco a poco, sustituidas por la flexibilidad de las tecnologías. Ya no es necesario que la planta industrial se sitúe en este o aquel lugar; el producto es el resultado de intensiones diversas, coordinadas por la automatización. El impacto de las tecnologías afecta incluso a las ciudades. Al informatizarse los servicios y los hogares, la trama urbana adquiere un nuevo significado; es atravesada por mensajes que des-territorializan a las personas, las viviendas, los edificios” (Ortiz 1996:50). “[...] En este sentido, el movimiento de desterritorialización se aplica a las ciudades, como las define Sassen⁵, a la producción automovilística, como quieren los economistas, pero también a la creación de lugares particulares (shoppings, aeropuertos, grandes avenidas, etc.), a las identidades planetarias (movimiento ecológico o étnico), a una memoria ‘internacional-popular’ (constituida por las imágenes-gestos transmitidas mundialmente por los mass-media). Espacio que se articula, se mezcla y, muchas veces, determina espacios de otra naturaleza” (Ortiz, 1996:55).

Para Raquel Gurevich (2005) existe una yuxtaposición tanto de escalas como de acciones sociales en cada espacio geográfico, y lo expresa del siguiente modo:

“La mercantilización generalizada de las relaciones sociales, la difusión de las innovaciones tecnológicas, así como la porosidad política y económica de los Estados nacionales, han conmovido fuertemente los ordenamientos de base territorial, de filiación geográfica en su sentido más restringido y, por ende, el papel de las soberanías territoriales. Los continuos movimientos por todo el mundo de personas, mercaderías, ideas, mensajes, informaciones y capital imprimen y marcan el modelado territorial: las empresas transnacionales, diseminadas por doquier; produciendo bienes y servicios, los inmigrantes, las compañías de producción artística y cultural, el turismo y los medios masivos de comunicación que llevan y traen escenas y

5 En el libro *Ciudades globales: Nueva York, Londres, Tokio*, Saskia Sassen compara dichas ciudades y demuestra que en el contexto de la globalización estas ciudades son el núcleo del capitalismo mundial. Frente a la globalización del mercado, la fragmentación de la producción, la deslocalización del trabajo y la flexibilidad de las tecnologías, las instituciones internacionales se rearticulan y en determinadas ciudades como las mencionadas, se “instalan” los comandos de la actividad planetaria.

objetos translocales a todo el planeta. Estos flujos hacen que lo nacional, lo global y lo local no permanezcan escindidos entre sí, sino que se yuxtaponen, se mezclen, se articulen” (Gurevich. 2005:21).

Para conceptualizar los rasgos de la espacialidad geográfica que definen a la sociedad contemporánea, R. Ortiz (1996) incorpora el tratamiento de la desterritorialización a partir de la afirmación de que,

“[...] las sociedades contemporáneas viven una territorialidad desarraigada. Ya sea entre las franjas de espacios, despegadas de los territorios nacionales, o en los ‘lugares’ atravesados por fuerzas diversas. El desarraigo es una condición de nuestra época, la expresión de otro territorio” (Ortiz, 1996:68).

“El concepto de desterritorialización posee, por lo tanto, una fuerza explicativa; permite dar cuenta de aspectos poco visualizados en las ciencias sociales. Al nombrar configuraciones del tipo ‘Estratos desterritorializados’, ‘referencias culturales desterritorializadas’, ‘imaginario colectivo internacional-popular’, nos permite una comprensión mejor del mundo contemporáneo. Nos obliga, sobre todo, a enfocar el espacio independientemente de las restricciones impuestas por el medio físico. Sin embargo, es necesario entender que toda desterritorialización es acompañada por una re-territorialización. Pero no se trata de tendencias complementarias o congruentes; estamos frente a un flujo único. La desterritorialización tiene la virtud de apartar el espacio del medio físico que lo aprisionaba, la reterritorialización lo actualiza como dimensión social. Ella lo ‘localiza’. Nos encontramos, pues, lejos de la idea de ‘fin’ del territorio. Lo que ocurre en verdad, es la constitución de una territorialidad dilatada, compuesta por franjas independientes, pero que se juntan, se superponen, en la medida en que participan de la misma naturaleza” (Ortiz, 1996:63).

La propuesta de R. Ortiz es considerar el espacio como un conjunto de planos atravesados por procesos sociales diferenciados. Dejando de lado los pares opuestos externo/interno, cercano/distante, inclusión/exclusión, es válido interpretar el espacio con líneas de fuerza transversales en tres dimensiones. Una primera línea de fuerza en la que se manifiestan las historias particulares de cada localidad; una segunda que se refiere a las historias nacionales, que atraviesan el plano local y lo redefinen y, por último, la dimensión de la mundialización, que atraviesa los planos anteriores, configurando historias diferenciadas. Esta interpretación permite caracterizar, simultáneamente, procesos de conjunción y de disyunción, orientados hacia la mirada de lo singular y lo diverso, respectivamente. En este sentido M. Santos afirma que:

“El orden global busca imponer, en todos los lugares, una única racionalidad. Y los lugares responden al Mundo según los diversos modos de su propia racionalidad. [...] El orden global se sirve de una población dispersa de objetos regidos por esa ley única que los constituye en sistema. El orden local es asociado a una población contigua de objetos, reunidos por el territorio y como territorio, regidos por la interacción” (Santos, 2000:289).

“El orden global es ‘desterritorializado’, en el sentido de que se separa el centro de la acción y la sede de la acción. Su ‘espacio’, movedizo e inconstante, está formado por puntos, cuya existencia funcional depende de factores externos. El orden local, que ‘reterritorializa’ es el del espacio banal, espacio irreductible porque reúne en una misma lógica interna todos sus elementos: hombres, empresas, instituciones, formas sociales y jurídicas y formas geográficas. [...] El orden local funda la escala de lo cotidiano y sus parámetros son la co-presencia, la vecindad, la intimidad, la emoción, la cooperación y la socialización con base en la contiguidad” (Santos, 2000:290).

6. Lugar, comunidad, identidad

El concepto de lugar, en su acepción tradicional, remite a un punto concreto de la superficie terrestre identificado con un nombre y una posición relativa y absoluta. Este concepto se ha revitalizado con los nuevos aportes en el contexto de la geografía cultural. Así, por ejemplo, lo define Y.F. Tuan:

“[...] lugares son localizaciones en las que las personas tienen larga memoria, enriqueciendo, con las indelebles impresiones de su propia niñez, al sentido común de las generaciones futuras. Se puede sostener que los ingenieros puedan crear localizaciones, pero que el tiempo es necesario para crear lugares” (Tuan en Barros, 2000:84).

De acuerdo con esta idea, los lugares tienen potencialidades particulares que forman parte de los procesos productivos que les permiten obtener ventajas competitivas, las cuales los diferencian de otros lugares. Interpretar esas potencialidades permite entender como cada lugar se posiciona en la lógica del capitalismo actual. Sin embargo, hay estudios donde se ha marginado el tratamiento del lugar. Es este sentido, A. Escobar sostiene que:

“[...] las teorías sobre la globalización que han producido una marginalización significativa del lugar, o debates en antropología, que han lanzado un radical cuestionamiento del lugar y de la creación del lugar. Sin embargo, el hecho es que el lugar –como la experiencia de una localidad específica

con algún grado de enraizamiento, linderos y conexión con la vida diaria, aunque su identidad sea construida y nunca fija— continúa siendo importante en la vida de la mayoría de las personas, quizá para todas. Existe un sentimiento de pertenencia que es más importante de lo que queremos admitir, lo cual hace que uno considere si la idea de ‘regresar al lugar’ o la defensa del lugar como proyecto no son cuestiones tan irrelevantes después de todo” (Escobar, 2003:113).

Los estudios referidos a la globalización han desdibujado la importancia del lugar. Los discursos sobre la globalización consideran lo global como el espacio, el capital, la historia; y lo local está vinculado con el lugar, el trabajo y las tradiciones. De esta forma, puede caracterizarse el lugar en la concepción actual, del siguiente modo:

“El lugar, en otras palabras, ha desaparecido en ‘el frenesí de la globalización’ de los últimos años, y este desdibujamiento del lugar tiene consecuencias profundas en nuestra comprensión de la cultura, el conocimiento, la naturaleza y la economía” (Escobar, 2003:114).

“[...] una reafirmación del lugar, el no capitalismo, y la cultura local, opuestos al dominio del espacio, el capital y la modernidad, los cuales son centrales al discurso de la globalización, debe resultar en teorías que hagan viables las posibilidades para reconcebir y reconstruir el mundo desde un perspectiva de practicas basadas en el lugar” (Escobar, 2003:115).

Una resignificación del concepto de lugar está acompañada por la consideración de otros conceptos muy relacionados tales como comunidad, identidad, localidad. En los últimos años han tomado relevancia investigaciones que analizan la relación entre espacio, cultura e identidad, desde la perspectiva de los procesos transnacionalizados de producción económica y cultural. El centro de interés se sitúa en las múltiples relaciones entre identidad, lugar y poder, dado que los lugares son importantes tanto para la producción de cultura como para su etnografía. En la actualidad, para los estudios geográficos, el concepto de lugar resulta esencial, tal como lo afirman A. Escobar y O. Valcárcel:

“El lugar y el conocimiento basado en el lugar, continúan siendo esenciales para abordar la globalización, el posdesarrollo y la sustentabilidad ecológica, en formas social y políticamente efectivas” (Escobar, 2003:117).

“La reivindicación del ‘lugar’, como espacio diferenciado y como área, con sus específicos caracteres, con su singularidad, aparece, a muchos geógrafos como el futuro de la geografía, en la medida que se percibe como el elemento que puede permitir articular la geografía sobre un objeto definido.

[...] El lugar puede ser el espacio del reencuentro de diversas ramas geográficas, de la fragmentada disciplina, en torno a un espacio determinado” (Valcárcel, 2000:501).

El concepto de lugar adopta diversas escalas. Cuando un espacio se transforma en familiar se ha convertido en lugar, así lo entiende Y. F. Tuan en Taylor y Flint (2002). En general se asocia el lugar a lo local, sin embargo, los lugares pueden definirse en diferentes escalas. Por ejemplo, para algunos sujetos el hogar es su lugar, porque tiene connotaciones de familiaridad, de relaciones cara a cara. Para otros sujetos, la nación como “comunidad imaginada” es su lugar. Este último ejemplo nos permite relacionar el concepto de lugar con comunidad e identidad, tal como lo plantea C. Barros:

“[...]el concepto de lugar aparece ligado al de comunidad como por una especie de magia simpática, por medio de la cual un concepto de raíz antropológica –comunidad– se asimila a una de raíz geográfica –lugar–, a los que luego se les sumará como consecuencia lógica de la existencia de una comunidad, la identidad, que pasa así a ser un concepto que relaciona individuos particulares con comunidades de referencia, a ser un concepto que relaciona individuos con lugares como ámbitos geográficos diferenciados” (Barros, 2000:84-85).

“[...] Los puntos de vista que vinculan la constitución de los lugares con procesos de diferenciación con el afuera, sitúan a estos últimos al menos en el mismo nivel que los procesos internos tendientes tanto a la homogeneización comunitaria como a la consolidación de identidades. La velocidad e intensidad de los flujos del mundo actual convierten a esta perspectiva en una mirada muy pertinente para el análisis de los lugares” (Barros, 2000:93).

La dinámica de la globalización escoge ciertos lugares según sus potencialidades y rechaza o margina otros. En esta relación dialéctica entre exclusión-inclusión, los lugares se reconfiguran respondiendo a razones globales y locales, configurando entidades con particularidades únicas. Concordando con la idea de D. Massey (2005), que propone intentar reimaginar el lugar, deberíamos tener en cuenta que el lugar no tiene límites, no debe ser definido en términos de exclusividad, ni de contraposición entre un interior y un exterior, ni subordinado a una falsa autenticidad generada internamente.

Esa especificidad de los lugares permite reivindicar la importancia del lugar para las teorías de desarrollo local. Según C. Barros (2000), para cumplir los objetivos de las propuestas de desarrollo local, fue necesario crear instituciones pero además definir un área de un tamaño apropiado como

para convertirla en la unidad territorial de los procesos de desarrollo local. La misma autora afirma que:

“Las propuestas de desarrollo local que, especialmente, desde la década de 1980 vienen adquiriendo protagonismo en el debate político, contribuyeron a traer nuevamente a escena un viejo concepto: el de lugar” (Barros, 2000:82)

La idea de “aldea global” en la que los hechos que se producen en un lugar se conocen y pueden influir en territorios geográficamente distantes, se contraponen con la idea de la necesidad de que los agentes locales se conviertan en protagonistas de su propio desarrollo. De acuerdo a lo que sostiene J. Sancho Comíns (2002), esta dualidad entre global/local en realidad no es contradictoria, sino complementaria. El lugar, como espacio de localización de políticas de desarrollo se valoriza y se posesiona favorablemente por su susceptibilidad para incentivar las fortalezas locales (Sancho Comíns, 2002).

Refiriéndose a la producción global de lo local, A. Appadurai (2001) sostiene que la tarea de producir lo local (en tanto una particular conjunción de sentimientos, vida social e ideología de una comunidad) es cada vez más, una verdadera lucha. Es una lucha con múltiples dimensiones, como el aumento de los esfuerzos del Estado-nación moderno para definir los vecindarios en función de sus lealtades; o la creciente dislocación entre el territorio, la subjetividad y los movimientos sociales colectivos; o el distanciamiento entre los vecindarios espaciales y los virtuales, debido al impacto de los medios masivos de comunicación electrónica.

7. Reflexiones finales

Pensar el espacio local como un complejo entramado permite visualizar los diferentes actores y sus lógicas territoriales, pero al mismo tiempo, es posible identificar comunidades con una identidad particular. Por otra parte, este abordaje en clave cultural, abre la posibilidad de interpretar las distintas escalas que emergen en cada lugar, territorio, comunidad.

Integramos una sociedad que puede definirse como la más compleja que nunca haya existido. La geografía como ciencia debe estar atenta a las transformaciones de la sociedad actual. Así, por ejemplo, los sujetos pueden

estar compartiendo significados en su comunidad local o “virtualmente” incorporando significados de comunidades distantes; y al mismo tiempo, no todos tienen acceso a las modernas tecnologías de comunicación. Esta profunda contradicción de la sociedad contemporánea tiene que ser, a nuestro entender, el objetivo de análisis de la geografía. Por ello la necesidad de actualizar las perspectivas de interpretación y resignificar las categorías conceptuales de esta ciencia.

La idea central de este artículo ha sido realizar un recorrido teórico tomando los conceptos claves de la nueva geografía cultural. Fue sólo una aproximación, si bien se transitó un camino, queda abierta la posibilidad de discusión, profundización y ampliación de conceptos que hoy adquieren una resignificación, aunque continúan siendo específicos de la ciencia geográfica.

8. Bibliografía

- ALBET, A. (2001). “¿Regiones singulares y regiones sin lugares? Reconsiderando el estudio de lo regional y lo local en el contexto de la geografía postmoderna”. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles* (AGE) N° 32, España.
- APPADURAI, A. (1999). “Soberanía sin territorialidad. Notas para una geografía posnacional”. *Revista Nueva Sociedad* N° 163, Venezuela.
- APPADURAI, A. (2001). *La Modernidad Desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Ediciones Trilce y FCE, Buenos Aires.
- BARROS, C. (2000). “Reflexiones sobre la relación entre lugar y comunidad”. *Documents d'Anàlisi Geogràfica* N° 37, Universidad Autónoma de Barcelona, Universitat d'Girona, España.
- BAYARDO, R. y LACARRIEU, M. (2003). *Globalización e identidad cultural*. Editorial CIC-CUS, Buenos Aires.
- BERDOULAY, V. (2002). “Sujeto y acción en la geografía cultural: el cambio sin concluir”. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles* (AGE) N° 34, España.
- BOZZANO, H. (2000). *Territorios reales, territorios pensados, territorios posibles*. Editorial Espacio, Buenos Aires.
- BOZANNO, H. (2002). “Territorios, híbridos y dialécticas. Reflexiones sobre el objeto de la geografía”. *Revista Reflexiones Geográficas* 2001/2002, Río Cuarto, Córdoba.
- CASTELLS, M. (1999). *La era de la información. Economía sociedad y cultura*. Vols. I, II y III. Siglo XXI, México.
- CLAVAL, P. (1999). “Los fundamentos actuales de la geografía cultural”. *Documents d'Anàlisi Geogràfica* N° 34, Universidad Autónoma de Barcelona, Universitat d'Girona, España.
- CLAVAL, P. (2002). “El enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio”. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles* (AGE) N° 34, España.
- CLUA, A. y ZUSMAN, P. (2002). “Más que palabras, otros mundos. Por una geografía cultural crítica”. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles* (AGE) N° 34, España.
- COQ HUELVA, D. (2003). “Epistemología, economía y espacio/territorio: del individualismo al holismo”. *Revista de Estudios Regionales* N° 69, España.
- COSGROVE, D. (2002). “Observando la naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista”. *Boletín de la AGE* N° 34, España.

- ESCOBAR, A. (2003). *El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo?* En LANDER, E., *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. FLACSO, Buenos Aires.
- GRILLO, O. (1999): "La insoportable levedad de lo local". En BAYARDO, R. y LACARRIEU, M., *La dinámica global/local. Cultura y comunicación: nuevos desafíos*. Editorial CICCUS-La Crujía, Buenos Aires.
- GUBER, R. (2001). *La Etnografía. Método, campo y reflexibilidad*. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires.
- GUREVICH, R. (2005). *Sociedades y territorios en tiempos contemporáneos. Una introducción a la enseñanza de la geografía*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- HANNERZ, U. (2002). *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*. Editorial Frónesis-Cátedra, Universidad de Valencia, España.
- JACKSON, P. (1999). "¿Nuevas geografías culturales?" *Documents d'Anàlisi Geogràfica* N° 34, Universidad Autónoma de Barcelona, Universitat d'Girona, España.
- KOLLMANN, M. (2005). "Una revisión de los conceptos de 'territorios equilibrados' y 'región'. Procesos de construcción y reconstrucción". *Revista Theomai* N° 1. Universidad de Quilmes, Buenos Aires.
- KRAMSCH, O. (1999). "El horizonte de la nueva geografía cultural". *Documents d'Anàlisi Geogràfica* N° 34, Universidad Autónoma de Barcelona, Universitat d'Girona, España.
- LEFEBVRE, Henry (1974). *La production de l'espace*. Anthropos, París.
- LUNA GARCIA, A. (1999). "¿Qué hay de nuevo en la nueva geografía cultural?" *Documents d'Anàlisi Geogràfica* N° 34, Universidad Autónoma de Barcelona, Universitat d'Girona, España.
- MASSEY, D. (2005). "La filosofía y la política de la especialidad: algunas consideraciones". En ARFUCH, L., *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*. Editorial Paidós, Buenos Aires.
- MONTAÑEZ GÓMEZ, G. y DELGADO MAHECHA, O. (1998). "Espacio, territorio y región: conceptos básicos para un proyecto nacional". *Cuadernos de Geografía* Vol II, N° 1-2. Departamento de Geografía, Universidad Nacional de Colombia.
- NOGUÉ, J. y ALBET, A. (2004). "Cartografiando los cambios sociales y culturales". En ROMERO, J., *Geografía Humana. Procesos, riesgos e incertidumbres en un mundo globalizado*. Editorial Ariel, Barcelona, pp. 159-202.
- ORTEGA VALCÁRCCEL (2000). *Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía*. Editorial Ariel, Barcelona.
- ORTEGA VALCÁRCCEL, J. (2004). "La geografía para el siglo XXI". En ROMERO, J., *Geografía Humana. Procesos, riesgos e incertidumbres en un mundo globalizado*. Editorial Ariel, Barcelona, pp. 25-53.
- ORTIZ, R. (1996). *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Universidad de Quilmes, Buenos Aires (2ª reimpresión: 2005).
- ORTIZ, R. (1997). *Mundialización y cultura*. Alianza editorial, Buenos Aires.
- ORTIZ, R. (2004). *Taquigrافیando lo social*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- OSLENDER, U. (2002). "Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una "especialidad de la resistencia". *Revista Scripta Nova*, Vol. VI, N° 115. Universidad de Barcelona, España.
- PHILO, C. (1999). "Más palabras, más mundos: reflexiones en torno al 'giro cultural' y a la 'geografía social'". *Documents d'Anàlisi Geogràfica* N° 34, Universidad Autónoma de Barcelona, Universitat d'Girona, España.
- SACK, R. (1986). *Human Territoriality: its Theory and history*. Cambridge University Press. (Extractos escogidos de los Capítulos 1: "El significado de la territorialidad" y 2: "Teoría"). Traducción interna de la Cátedra Introducción a la Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, UBA (1996).
- SALTALAMACCHIA, H. (1992). *La historia de vida: reflexiones a partir de una experiencia de investigación*. Ediciones CIJUP, Puerto Rico.
- SANCHO COMÍ, J. (2002). *Desarrollo rural. De los Fundamentos a la Aplicación*. Editorial Paraninfo, Madrid.
- SANTOS, M. (1996). *Metamorfosis del espacio habitado*. Editorial Oikos-Tau, Barcelona.
- SANTOS, M. (2000). *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Editorial Ariel, Barcelona.

- SASSEN, S. (2001). *¿Perdiendo el control? La soberanía en la era de la globalización*. Ediciones Bellaterra, Barcelona.
- SHMITE, S. M. (2003). "Procesos de construcción de la espacialidad social. Un marco teórico-metodológico para el análisis del espacio rural de La Pampa, Argentina". *En torno a lo rural... matices de la Geografía*, Instituto de Geografía, Facultad de Ciencias Humanas (UNLPam), EDULPam, Santa Rosa, La Pampa.
- TAYLOR, P. y FLINT, C. (2002). *Geografía política. Economía mundo, estado-nación y localidad*. Trama editorial, Madrid (2ª edición, corregida y aumentada).